

*Hernán Jaramillo Cisneros**

**EL DESARROLLO
DE LA ACTIVIDAD
ARTESANAL EN
OTAVALO**

* Instituto Otavaleño de Antropología

Al hablar de los indígenas de Otavalo se resalta su dedicación a la artesanía textil, la cual viene de muchísimo tiempo atrás. Si bien este es el principal oficio practicado en la región, hay otras ocupaciones a las que se dedica la población tanto indígena como mestiza del lugar.

Muchas especializaciones artesanales tradicionales han sido afectadas por los modernos sistemas de producción, por el uso de nuevas materias primas, o por la circunstancia de las personas que practican ciertos oficios prefieren que sus hijos se dediquen a otra actividad más rentable o que les ofrezca mayores posibilidades de ascenso social.

Los objetos elaborados manualmente, que tenían un lugar particular en la comunidad, tanto en la vida diaria como en los actos ceremoniales, se han transformado o cambiado de función en los últimos años, pues la mayoría de ellos se destina a nuevos usuarios. Ha sido el mercado, sobre todo, el que ha determinado el tipo de productos y de ocupaciones artesanales que deben subsistir.

Las artesanías, que son muestra de las formas de vida, de la cultura e identidad de una comunidad, se han transformado en los últimos tiempos, para imitar los modelos que llegan de afuera, sea por influencia de los medios de comunicación, de las llamadas “misiones de buena voluntad”, o por efecto —especialmente entre los artesanos textiles— de sus frecuentes migraciones. Esto ha dado como resultado la pérdida de la capacidad creadora de los artesanos, que han llegado al facilismo de imitar, de copiar lo nuevo, dejando perder la tradición y su herencia cultural.

Las artesanías, como parte de la cultura, son dinámicas y, por tanto, deben transformarse para sobrevivir. Pero los cambios tienen que darse sin perder ciertas carac-

terísticas que las identifican con el grupo creador, sin llegar a la uniformización con los modelos foráneos, que responden a otra realidad cultural.

La investigación de las tradiciones artesanales nos permite conocerlas mejor, preservarlas y mantener su autenticidad. Y esto solo podrá darse si al mismo tiempo al artesano se le brinda una adecuada asistencia técnica, ayuda para organizarse y mercado para sus productos; así podrá alcanzar un sitio digno en la sociedad.

En el presente ensayo veremos cuál ha sido el desarrollo de la actividad artesanal en Otavalo, según las fuentes documentales; luego, analizaremos brevemente la situación actual de los diferentes oficios. Por fin, señalaremos algunas conclusiones relacionadas con ciertas formas de trabajo, que son las que proveen de recursos económicos a quienes habitan en el valle de Otavalo.

Primeras referencias sobre la artesanía de Otavalo

Para conocer los antecedentes de la artesanía de Otavalo, nos remitimos a quienes dejaron testimonios escritos sobre este tema.

Se puede advertir que los autores consultados ponen énfasis en los trabajos textiles que, desde gran tiempo atrás, gozan de mucho prestigio. Otras ocupaciones son mencionadas tangencialmente pero, de todas formas, nos ayudan a conocer cuáles eran los oficios que se practicaban en la región.

Don Sancho Paz Ponce de León (1965: 240), el más notable y el más conocido de los corregidores de Otavalo en el siglo XVI, en su “Relación y descripción de los pueblos del partido de Otavalo, 1582”, proporciona los primeros datos sobre las formas de trabajo de los habitantes de este lugar:

“Los tratos que estos naturales tienen es labranza y crianza... Son grandes labradores, que todos en general siembran sus tierras y cogen los frutos a sus tiempos. Los tratos que hay entre ellos es hacer mantas de algodón y venderlas por oro a españoles y a indios para pagar sus tributos. Hay muchos indios que tienen tierras riberas de los dichos grandes ríos que he dicho, donde hacen grandes chácaras de coca, que es una yerba de un árbol chiquito, que

se coge la dicha yerba tres veces al año; y también hacen muchas chácaras de algodón; y destas dos cosas es la mayor contratación que los indios deste distrito tienen; y los indios que son señores destas tierras los tienen por ricos. También hay otros indios cazadores que cazan muchos venados y los venden hecho cecina a otros indios, y este es otro género de grangería entre ellos. Y los españoles que viven en los pueblos destes indios se sustentan de labranza y crianza”.

En el período colonial, Otavalo tenía varios obrajes. El obraje era una “fábrica de paños ordinarios, bayetas y otros tejidos de lana”, donde los indígenas trabajan en condiciones infrahumanas.

Según Javier Ortiz de la Tabla (1977: 479), el obraje de Otavalo era uno de los más antiguos e importantes de la Audiencia de Quito, donde se producía “paños, jergas, frazadas y pañetes”. Añade:

“En 1582, funcionando ya (el obraje) erigido por Rodrigo de Salazar, habían sido trasladados desde San

Juan de Pasto 150 indios cimarrones, conducidos todos por el cacique de Ypiales y Potosí, Pedro de Henao. Doce años más tarde el administrador del obraje, perteneciente —como el repartimiento— a la Corona por muerte de Salazar, reducía ‘gran cantidad’ de indios en el Asiento. Hacia 1622 Pedro Ponce Castillejo fundaba uno nuevo y acrecentaba el número de operarios del antiguo. Cuatro años después Pedro Balbasí de Rivera incrementaba hasta 100 el número de operarios del nuevo de San José de Buenavista...”

Fernando Silva Santisteban (1964: 106), estudia los obrajes del Virreinato del Perú y nos ofrece esta información acerca de los obrajes de la región:

“En 1613 se fundó, adscrito al de Otavalo, el obraje de Peguche, al que se le asignaron 500 mitayos para ser arrendado o rematado al mejor postor. Para los obrajes de Otavalo y Peguche, donde existían indios procedentes de diversos lugares, se ordenó por la Audiencia, el

10 de noviembre de 1532, se haga trueque y mudanza de los mitayos señalados por los de labranza, vecinos a estos obrajes; se encargó de la ejecución al capitán Cristóbal de Troya. Con semejante medida se aseguraba el perpetuo trabajo de los mitayos, en contradicción con las leyes y disposiciones reales”.

Un informe de 1754, dirigido por el Presidente de la Real Audiencia de Quito, Juan Pío de Montúfar y Frasco, Marqués de Selva Alegre (1894: 176), le dice al Virrey del Nuevo Reino de Granada que en la jurisdicción de Otavalo “hay ovejerías muy abundantes para el consumo de lanas y (...) coséchase en abundancia el algodón”. Agrega:

“Los naturales propenden mucho de los tejidos que ejercitan en muchos obrajes en las fábricas de paños, bayetas, lienzos, alfombras y pabellones. Estos frutos son de comercio con la ciudad de Quito, a donde se traen los paños, bayetas, mucho algodón; remítense muchos de aquellos tejidos a las provincias de Popayán, Chocó

y Barbacoas, y en todas pagan los correspondientes Reales derechos”.

El Oidor de la Audiencia, Juan Romualdo Navarro (1984: 127), se refiere a la ocupación de los habitantes de Otavalo, en 1761: “su principal comercio es de varios tejidos de algodón de que hacen camas de mucho precio y otras telas que merecen particular estimación”.

Sobre el trabajo de la gente de Otavalo, el coronel Antonio de Alcedo (1967: 72-73), en su obra escrita entre 1786 y 1789, manifiesta lo siguiente:

“Otavalo, provincia y corregimiento del reino de Quito... está poblado de muchas haciendas de labor y porción de obrajes en que fabrican lienzos que allí llaman de la tierra, o tocuyos, alfombras, pabellones de cama y colchas, todo de algodón, blancos y pintados de varios colores, que tienen mucha estimación en todo el reino... Y la capital que es la villa y asiento del mismo nombre, población grande, hermosa y de agradable situación, de temperamento frío, muy

abundante en ganados de que abastece a los demás pueblos; sus naturales son más inclinados a las fábricas de tejidos de algodón en los muchos obrajes que les producen gran lucro que al cultivo de los campos...”

Mientras todos los informes se refieren únicamente al oficio textil, sin duda la principal actividad artesanal practicada en Otavalo, en 1771 el jesuita Mario Cicala (1973: 129) proporciona datos sobre otro oficio importante en esta zona: la cestería; esta referencia es importante porque la especialización que se ha mantenido vigente por muchísimo tiempo está por desaparecer, como lo veremos luego. El padre Cicala dice:

“En este Corregimiento se han erigido obrajes y oficinas de labrar paños, bayetas, jergas y otras telas de lana y algodón. Fabrican también cestillas de fibra de diversas figuras, adornadas con dibujos de pajas rojas, negras, violáceas, anaranjadas. Las adquieren para guardar en ellas pañuelos, medias y aun joyas, cada juego de cestillas se compone de ocho y aun doce piezas que encajan

la una dentro de la otra de mayor a menor; la última suele ser tan chiquita que solo cabe en ella el dedo meñique. Los juegos mayores cuestan hasta doce escudos; y se venden por todas partes, y pueden servir como presentes para obsequio a los amigos”.

Casi de la misma época que el testimonio anterior, es el que hace el padre Juan de Velasco (1960: 464) en su **Historia del Reino de Quito**, escrita en 1789. Este autor destaca la variedad de tejidos que se hacían en aquel tiempo, lo que denota el conocimiento de variadas técnicas. Menciona, también, los trabajos de cestería:

“...hay varias y grandes fábricas de paños, y otras telas de lana y algodón. Estas últimas, son unas de lienzos ordinarios, y otras de telas llamadas macanas, unas lisas, y adamascadas otras; unas de mota menuda, llamadas confitillo, y otras de felpa, todas muy estimadas, que hacen considerable comercio. Se hacen también petaquillas y otros utensilios curiosos de juncos partidos, y teñidos de diversos colo-

res que se distribuyen por todo el Reino”.

A mediados del siglo XIX, Manuel Villavicencio (1858: 304-306) califica a los habitantes de Otavalo como “industriosos”, puesto que se dedican a la producción de “ponchos, bordados, alfombras, lienzos, encajes, etc.” Según este autor, la explotación del trabajo indígena se mantenía en Otavalo, pues menciona que “en este canton se conserva aun los antiguos obrajes de **Peguchi i Pinzhaquí** donde se fabrica muchas bayetas ordinarias para la exportación á la Nueva Granada”. Sus observaciones se complementan con lo que sigue:

“La industria principal de los habitantes consiste en ponchos de algodón, de seda i de lana finos; en chales finos de bellos colores, en encajes bordados, tocuyos finos, i muchos tejidos; se trabaja por los Indios unos ternos de canastillas de junco, con variados colores i labores, que las hacen muy estimadas, i aun se transporta al exterior”.

En 1861, Joaquín de Avendaño (1958: 209, 254) relata sus

observaciones de una visita a la hacienda Pinsaquí, muy cercana a Otavalo, donde existía una incipiente fábrica de tejidos. Su narración resulta conmovedora, pues le tocó presenciar el castigo que se imponía a los indios que trabajaban en dicho lugar. La cita tiene gran importancia ya que a más de informar que allí se producía “telas, bayetas, géneros para ponchos, afamadas alfombras” y que en esa época la provincia de Imbabura era “la más industrializada de las ecuatorianas”, nos revela los infamantes castigos aplicados a los infelices que con su trabajo buscaban el sustento para su familia. Este es su testimonio:

“La hacienda de Pinsaquí está rodeada de extensas campiñas que le pertenecen. En ellas hay más de quinientas chozas de indios: éstas son una especie de propiedad de la quinta, y forman una verdadera colonia cuyo jefe es el amo. Ocúpense los colonos en el cultivo de los campos, y en los trabajos de la fábrica. He visitado ésta cuidadosamente. El departamento de hilados y el de telares están montados por los primitivos siste-

mas y reducidos a la infantil sencillez de la fabricación. A pesar de esto esta fábrica u obraje, que así le llaman, es el más considerable de la provincia, y cuyos productos se venden con mayor estima para la vecina república de Nueva Granada.

Los indios trabajan por un módico jornal, que apenas cubren sus más apremiantes y sencillísimas necesidades. Así es que cuando no concluyen la tarea que se les ha fijado prefieren una tanda de zurriagazos, a que se les disminuya el jornal: tiéndense en el suelo boca abajo, sin replicar palabra y reciben el castigo sin chistar. Al levantarse pronuncian solamente estas humildísimas palabras: **Dios se lo pague.**

Admíreme de tanta abyección e irritéme contra esta práctica. Dijéronme era única y exclusivamente empleada con los muy holgazanes, y cuando repetidas amonestaciones no bastan para inspirarlos amor al trabajo”.

La artesanía de Otavalo a comienzos del siglo XX

La *Monografía del cantón de Otavalo*, del padre Amable Herrera, publicada en 1909, es la fuente de información más importante sobre las artesanías regionales de comienzos del presente siglo. Acerca del trabajo de los indígenas dice:

“Los ponchos, llamados **jerquetas**, han adquirido un aprecio considerable, lográndose la venta a precios ventajosos. Son fabricados en los antiguos telares indígenas, de lana fina. Sirven para el abrigo en la crudeza del invierno, y reemplazan a los ponchos de caucho, en las lluvias. Los indios imitan los colores caprichosos de los ponchos extranjeros, superándolos en la labor, como en los materiales. Las cobijas, frazadas, son fabricadas por los indios, finas y ordinarias, de lana. Los lienzos de algodón están en competencia con los de fábricas europeas. Las cestas de juncos, de varios colores y de elaboración caprichosa en el tamaño, en la forma, esteras para piso y cielos ra-

zos, son manuales industrias de los indígenas. Han emprendido también en la curtiduría de pieles”. (Op. cit.: 278).

En otra parte de la *Monografía*, el padre Herrera (Ibid: 291-92) hace mención de distinguidos artesanos de la zona urbana de Otavalo, a la vez que señala las actividades de algunas parroquias del cantón. En la cabecera cantonal sobresalen los carpinteros, talladores de madera, los especializados en cubiertas de casas; los herreros que hacen frenos, espuelas, llaves; zapateros, joyeros, relojeros, sastres, ebanistas. En las parroquias rurales se hace: en San Pablo, sombreros de paja toquilla; en San Juan de Ilumán, sombreros de lana fieltrada; en San José de Quichinche, carpinteros, tejedores de ponchos de lana y macanas de algodón; en San Rafael, esteras de totora.

La comercialización de los tejidos se hacía dentro y fuera de la provincia; los muebles iban a Quito e Ibarra; los sombreros de paja toquilla al extranjero; los objetos de alfarería se usaban dentro de la provincia; el calzado se vendía en Quito e Ibarra; el comercio

de ropas se hacía en Quito y Guayaquil.

Alejandro Andrade Coello (1919: 17-18), al describir sus impresiones de un viaje a la provincia de Imbabura, señala varias actividades artesanales de los indígenas, donde resalta la sombrerería de lana fieltrada de Ilumán:

“Entendidos en telares, son muy laboriosos, lo mismo en el tejido de cestos y canastitas hasta el tamaño de un dedal, que, encerradas unas dentro de otras, las venden con el nombre de **ternitos**. Hacen esteras de vivos matices para tapetes y escupideras, sombreros de espadaña (totora) ordinaria o de esparto. Los ponchos de Otavalo son apetecida prenda, por su fino tejido, abrigo y resistencia. Fabrican costal para pisos y rodapiés de lana. En Ilumán se dedican todos a la confección de sombreros de lana, de caprichosas formas y estilo moderno. Con piedrecitas y mazos van apelmazando la fibra, dándole lustre y moldeándole: es un trabajo primitivo, pero muy curioso. Sorprende que con tan rudi-

mentario proceder obtengan tan brillantes resultados y en ingentes cantidades. Este pueblecito inmediato a Otavalo, no solo surte a todo el cantón, sino que abastece a lejanos mercados”.

Un autor anónimo (1928: 59-60) ofrece una amplia visión de las “industrias populares” de Otavalo, tanto de las zonas rurales como de las urbanas, refiriéndose a actividades no señaladas por otras personas que se ocuparon del tema:

“Cada parcialidad muestra un aspecto de su labor especial. Pinsaquí, Ilumán, Quinchuquí, Peguche, Pucará, Agato y Carabuela se distinguen por los afamados tejidos de lana que laboran en sus telares (ponchos, cobertores, bufandas, chalinas, casimires, bayetas). Estas prendas tienen gran consumo dentro de la República y en el Departamento de Nariño... Las parcialidades de San Rafael y San Miguel, Camuendo, fabrican esteras y aventadores. El material lo tienen de las orillas de San Pablo (la totora). Las de Calpaquí se dedican a la

curtiembre. Las suelas son magníficas y muy estimadas en la capital como material de duración. Imbabuela, Punyaro y Santiaguillo trabajan en el tejido de zuro. Canastas, petacas, 'ternos' (algunos pares de canastos que disminuyen gradualmente de tamaño y coloreados en la forma más atractiva). Los indios de las parcialidades de San Juan y Asama tejen **macanas** y los ponchos de algodón y las fajas en las cuales hay que admirar caprichosos dibujos decorativos.

El artesano otavaleño, como pocos, ha probado su competencia y dominio en ciertas artes manuales como la carpintería por ejemplo. Es fama que ha traspasado las lindes todas del país, la destreza de nuestro carpintero...

La destreza en el tallado ha adquirido caracteres propios. Muestra de lo que queda dicho son el altar mayor del Jordán y las puertas principales de dicho templo y las de San Luis... Se ha implantado la industria de la construcción de muebles de

mimbre que rivalizan y superan a los extranjeros. Para el asiento de esterilla se ha obtenido el material de una vena que es inagotable en la región de Intag.

La ebanistería, propia del clásico barrio de 'San Blas' y de la parroquia 'Espejo' ha producido soberbios instrumentos. La sombrerería ha alcanzado mucho desarrollo. Se ha llegado a imitar habilmente el sombrero extranjero. En Otavalo 'La Industrial' y en Ilumán se impulsieron, no ha muchos años, con esta prenda, en varias secciones del país. Más aún, gran parte del ejército usó el afamado 'casco' otavaleño. San Pablo, la parroquia más importante del cantón, produce una apreciable cantidad de sombreros de paja toquilla.

La fabricación de peines, hebillas, botones, zarcillos, aros, con material que proporciona las astas del ganado, ha llegado en estos tiempos a imponerse en el mercado. La tintorería en Otavalo y Quichinche, la alfarería y la industria de la elabo-

ración del jabón prieto, se incrementan diariamente...

Un texto escolar de **Geografía de la provincia de Imbabura**, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (1929: 45-47, 68), señala las ocupaciones artesanales del cantón Otavalo: una fundición de bronce, una fábrica de jabón, los sombreros de paja toquilla de San Pablo, calificada como "industria de exportación", los sombreros de lana de Ilumán, las curtiembres de Espejo, las esteras de San Rafael, lo mismo que las canastillas de junco de Otavalo. Además de sus telares, su calzado es muy buscado en el interior de la república y los trabajos de carpintería gozan de merecida reputación.

Aníbal Buitrón (1974: 61), en base a investigaciones de la década de 1940, clasifica a grupos de artesanos indígenas, dedicados a determinadas especializaciones, en el área rural de Otavalo:

"Tejedores de artículos de lana (ponchos, cobijas, bayetas, chalinas, casimires y fajas): La Bolsa, Peguche, Quinchuquí, Agato, La Compañía, Pucará, Ilumán Alto, Ilumán Bajo, Carabue-la.

Tejedores de artículos de algodón (lienzos y fachalinas): San Juan.

Tejedores de artículos de to-tora (esteras y aventadores): San Roque Bajo, Pucará, La Compañía.

Tejedores de artículos de zuro (canastos, sombreros, aventadores): Punyaro, Santiaguillo.

Tejedores de artículos de paja toquilla (sombrosos): Araque".

Situación actual de la artesanía en Otavalo

Desde la época colonial, cuando se establecieron todas las estratificaciones posibles debido al color de la piel o a las mezclas raciales, se determinó quiénes debían ejercer ciertas actividades manuales, pues la incipiente sociedad mestiza, con pretensiones de blanca y heredera de todos los privilegios reservados a los conquistadores europeos, conservó ciertos oficios, mientras otros los dejaba para personas de menor jerarquía. En Otavalo, era notorio que en ciertas zonas se congregaban quienes practicaban una determinada

ocupación, por eso había lugares conocidos, quizá despectivamente, como: el barrio de los olleros, el de los curtidores, el de los cacheiros (al de los talladores de cacho), etc.

En Otavalo, en lo que va de este siglo se advierte un largo período en el cual los oficios urbanos llegan a su punto más alto; en general son actividades implantadas en nuestro medio por los españoles en el largo período colonial y conservadas por varias generaciones en el seno de la misma familia: sastres, zapateros, carpinteros, hojalateros, herreros, sombrereros, talladores de cacho, etc. En las zonas rurales, en cambio, predominan los oficios de tradición prehispánica: alfarería, cestería, elaboración de instrumentos musicales folklóricos, cantería y otros. El caso de la textilería es un tanto diferente, pues a pesar de tener raíz prehispánica recibió importantes aportes de la tecnología europea y es, por tanto, una actividad que conserva sus dos componentes iniciales, como lo veremos más adelante.

Las artesanías del ámbito urbano se mantuvieron en plena vigencia hasta la década de 1960, en que fueron afectadas por los ge-

neralizados procesos de industrialización, de la producción en serie y por la preponderancia del uso de nuevos materiales; las actividades artesanales del medio rural, mientras tanto, se han mantenido invariables en algunos casos y en otros, como la textilería, han alcanzado un auge inusitado.

No es mucho tiempo que falleció el último **tallador de cacho**, con lo cual desapareció la actividad del artesano que a partir de las astas del ganado vacuno elaboraba hebillas, peines y peinillas, en un largo proceso que significaba convertir en láminas planas la materia prima curva y a veces retorcida; el oficio fue afectado por el material plástico que hace los mismos productos, más durables, a precios más bajos y en colores variados. Esta ocupación, de antigua tradición en Otavalo, fue desapareciendo conforme morían quienes la practicaron por muchos años.

Hay, al momento, poquísimos **herreros de forja**. Los artesanos que por años trabajaron con la fragua, el fuelle y el yunque, haciendo herraduras, chapas, candados, herramientas agrícolas y cuchillos, casi han desaparecido ante el avance de los productos industriales elaborados en hierro y acero

de mejor calidad y presentación. Lo mismo sucede con los **hojalateros**: el aluminio y el plástico han dejado poco espacio a quienes reciclaban materiales de desecho para hacer harneros, embudos, lámparas de kérex y copas de lata para uso en las cantinas y casas campesinas.

Queda una sola familia dedicada a la **cerería**. La elaboración de cirios y velas mediante el proceso de echar la cera derretida sobre pabilos colocados en una gran rueda de madera, es cosa olvidada en Otavalo. Las velas adornadas con hojas de cera de vivos colores, infaltables en las fiestas indígenas de la bendición de la casa nueva, casi han desaparecido.

La **pirotecnia**, generalmente asociada a celebraciones de carácter religioso, tiene un solo exponente. Los globos de papel, los castillos, buscapiés, voladores y vacas locas, deberán traerse de otros lados cuando haya que festejar las vísperas de algún importante acto religioso.

En el barrio San Blas se ubican las principales **ebanisterías** o talleres de construcción de instrumentos musicales de cuerda, como: guitarras, violines, bandolines

y arpas; quedan pocas personas, de una familia con larga tradición en el oficio, que siguen trabajando en la manufactura de dichos instrumentos, aunque han agregado otro relativamente nuevo en nuestro medio: el charango.

En las zonas rurales se elaboran **instrumentos musicales folklóricos**: rondadores, flautas, tundas, pingullos y tambores, que se utilizan en las principales fiestas indígenas, lo mismo que **cachos** y **churos**, que sirven para convocar a las reuniones o las **mingas** de la comunidad. Estos instrumentos son de tradición prehispánica, excepto el cacho que se hace con un cuerno vacuno. No hay un sitio determinado donde se los haga, pues se los encuentra en todos los lugares donde habitan los grupos indígenas.

Se pierde en el tiempo el origen de la técnica que emplean poquísimas mujeres de Peguche y Agato para hacer **pondos**, **puños** y ollas a base de "anillos" de arcilla superpuestos, los cuales son alisados interior y exteriormente para obtener paredes sólidas y superficies lisas; la quema al aire libre completa su tarea. En Calpaquí trabajan los últimos productores de **tiestos** de barro y en el área de

Otavalo queda el último alfarero que trabaja en el torno y con mol-des para producir maceteros y pe-queñas ollas, que llenas de dulces se rompen en las fiestas infantiles; estas últimas, en los tiempos ac-tuales, casi han sido totalmente reemplazadas por las piñatas que vienen de otros lados. En Otavalo y Calpaquí se usa el horno cerrado para la cocción de las piezas, lo cual es una contribución tecnológi-ca trasplantada por los españoles, lo mismo que el torno del alfarero, usado solo en Otavalo. En general, la alfarería es una actividad que se ha visto afectada por la utiliza-ción de nuevos materiales como el plástico y el aluminio.

La cestería está en plena vi-gencia en el área de Otavalo. Los indígenas que viven a orillas de la laguna San Pablo, en especial aquellos de las comunidades de la parroquia San Rafael, tejen esteras y aventadores con la totora de la laguna. En la parroquia Quichin-che, los indígenas de las comuni-dades Andaviejo y Panecillo tejen canastas de grandes dimensiones de suro, material recolectado en los páramos cercanos. Con esta misma materia prima, en el barrio Punyaro, en la periferia de Otava-lo, unos cuantos ancianos tejen "ternos", esto es, series de peque-

ñas cestas que caben unas dentro de otras, hasta completar el núme-ro de diez o doce. Esta especiali-dad que es muy antigua, desapare-cerá en un tiempo más, puesto que los jóvenes no encuentran una mo-tivación de tipo económico que los haga continuar con el oficio. En la zona montañosa de Intag, donde Otavalo tiene un extenso territorio, se hace un tipo especial de canas-to, denominado actualmente **chalo**, con venas que allí crecen en forma silvestre; se los utiliza en las mis-ma región para el transporte de productos agrícolas, cargándolos a la espalda. En la zona urbana, en cambio, se teje canastos de carrizo, provistos de una tiradera, que las amas de casa los emplean para rea-lizar las compras de alimentos en los mercados.

Practicamente ha renacido la **sombrerería** en Ilumán. El oficio que se consideraba sin futuro ante la falta de demanda de los indíge-nas, que ahora usan un sombrero suave producido industrialmente, ha encontrado una nueva posibili-dad en el mercado turístico, por lo que se siguen haciendo sombreros con el sistema de fieltro manual de la lana, según las antiguas téc-nicas implantadas por los españo-les cuando introdujeron la oveja en este continente. Los sombrereros

son indígenas que mantienen la es-pecialización en el seno de la mis-ma familia, desde hace varias ge-neraciones; los mestizos, en tanto, amoldan y hacen el acabado de los sombreros industriales, según la moda o la costumbre de los usua-rios.

En el cantón Otavalo, otros oficios han tenido poca trascen-dencia y muy pocas personas se han dedicado a esas tareas: **curti-duría, cantería, escultura popu-lar, orfebrería y fundición, tala-bartería, peletería**. Con seguridad podemos decir que en este tiempo no hay personas dedicadas a estas tareas especializadas.

Un caso diferente al anterior es el que se relaciona con la **con-fección de indumentaria para las festividades indígenas**: ropa para la fiesta del coraza, ropa para los sanjuanés, indumentaria ceremo-nial para los novios, máscaras, etc. Como estas celebraciones han cambiado de carácter, es el caso de la fiesta de San Juan o Inti Raymi, la celebración del matrimonio reli-gioso, mientras casi ha caído en el olvido la fiesta de los corazas; las personas que se especializaron en preparar las prendas para los dife-rentes personajes de ésta última

festividad, en la parroquia San Ra-fael, ya no lo hacen.

La confección de **indumen-taria con bordados** es tarea que la ejercen prácticamente todas las mujeres indígenas del cantón, pues el bordado es el adorno insustitui-ble de la parte superior de sus lar-gas camisas, a la altura del pecho, la espalda y las hombreras. El bor-dado que antes permitía la identifi-cación de la comunidad de origen de la persona que usaba la prenda, pues los motivos de una a otra eran diferentes, hoy se han reducido a dos grandes grupos; para las indí-genas que usan **anaco** los motivos son pequeñas flores de variados colores y hojitas de color verde, mientras las que usan **centro** o **po-llera** emplean una profusión de motivos fitomorfos, donde predomi-nan los colores verde y rojo. Para los dos grupos mencionados, los colores de tono pastel están de mo-da actualmente.

La confección de **juguete-s artesanales**, como muñecas de tra-po, caballitos de palo, trompos, pe-rinolas, zumbambicos y otros, es asunto del pasado. Si bien esta lí-neo nunca fue una tarea especiali-zada, pues los artesanos de la rama correspondiente se dedicaban en determinadas temporadas a su pro-

ducción, hoy, con los modernos juegos electrónicos, la línea mencionada ha caído en el más completo olvido.

La zapatería, sastrería y modistería han sufrido la competencia de los productos industriales, por lo que ya no tienen la importancia de los años pasados. Lo mismo sucede con la carpintería.

Quienes manufacturaban caretas de cartón endurecido y pintado, al que se da el nombre de **papel maché**, han dejado de hacerlo ante la imposición de las máscaras de elaboración industrial. Esta era actividad ocasional, antes de la temporada de disfraces que va del 28 de diciembre al 6 de enero. Tampoco se hacen, desde hace muchos años, las caretas de malla de alambre, destinadas a los indígenas que participaban en la fiesta de San Juan.

Dijimos que la **textilería** era un caso muy especial entre las artesanías otavaleñas, no solo por haber registrado un crecimiento permanente, sino también por la variedad de técnicas empleadas, por la diversidad de productos elaborados y por el número de personas involucradas en las diferentes tareas específicas de esta activi-

dad. Es en Otavalo donde se encuentra el mayor número de personas dedicadas a la producción y comercio de tejidos en todo el país y es, igualmente, la feria de los sábados de este lugar, el sitio de exhibición y venta de artesanías textiles más importante del Ecuador.

En esta región de tejedores se han empleado de forma tradicional las fibras de algodón y **cabuya** para la producción de tejidos; a la llegada de los españoles al continente americano se introdujo la oveja y, por consiguiente, la tecnología para la manufactura de hilos y telas de lana. Solo por 1960 se incorporó al mercado una nueva fibra, de origen químico, que ha desplazado de alguna forma a las de carácter natural, esta es el **orlón**, que al momento es la materia prima más importante en el trabajo textil de toda la región de Otavalo.

La forma prehispanica de producir hilos, con el huso manual hecho con una caña de **sigse**, prácticamente ha desaparecido en nuestro medio, mientras se utiliza ampliamente el torno o ruela para hilar la lana, introducido por los españoles.

El teñido con colorantes naturales ha quedado reducido al em-

pleo de la corteza del fruto del nogal o **tocte**, con el cual se logra una amplia gama que va del café muy oscuro al habano claro. Con la lana así tinturada se tiene la seguridad de contar con un producto que no destañará con el paso del tiempo, pues el nogal ofrece altas solideces al lavado y a la luz del sol. Los demás colores se obtienen con colorantes químicos importados.

El prehispanico telar de cintura está en plena vigencia; los telares angostos sirven para tejer fajas y bufandas, mientras con los anchos se teje ponchos. El europeo telar de pedales se lo utiliza para tejer una amplia variedad de productos. Un pequeñísimo telar, de forma tronco-cónica, para tejer capelladas de alpargatas, también introducido por los españoles, se lo usa muy poco en esta zona.

De los productos de larga tradición prehispanica, las fajas son las más representativas, pues son los únicos tejidos que llevan motivos decorativos, propios de cada comunidad de tejedores. En estas prendas se advierte la gran creatividad indígena, ya que los motivos —de profundo contenido simbólico— son logrados con la disposición diferente de poquísi-

mos hilos, colocados de manera suplementaria a la base del tejido.

Solo en Ilumán queda un reducido grupo de artesanos que tiñe utilizando la prehispanica técnica del **ikat**, por la cual se crean espacios de reserva en determinadas partes de la urdimbre, con el propósito de lograr ciertos efectos decorativos en el tejido. De esta manera se adornaban las **macanas** de algodón, los ponchos para los novios y los que identificaban a determinadas comunidades indígenas del cantón. Ahora se utilizan motivos elementales para ponchos que se destinan a lugares ubicados fuera de la jurisdicción de Otavalo.

También en Ilumán se teje **ponchos de dos caras**, llamados así porque tienen tonalidades diferentes de color azul en cada uno de sus lados. Esta prenda es usada por los indígenas que cuentan con altos recursos económicos, generalmente obtenidos de su actividad relacionada con la producción o comercio de tejidos. Estos ponchos se tejen en telar de cintura.

Entre los productos textiles más tradicionales de Otavalo están: los chales de vivos colores de Peguche, las cobijas de lana de Quinchuquí, las fajas de La Com-

pañía y Camuendo, los ponchos de Ilumán y Carabuela, las bufandas de lana de La Bolsa y Cotama, los lienzos de algodón de San Juan, las bayetas de lana de Agato y de muchas otras comunidades más. Otros productos no tradicionales, destinados a los turistas que visitan Otavalo o a la exportación, como tapices, cortinas, telas para vestidos de mujeres, etc., son relativamente recién introducidos en nuestro medio.

La textilería de Otavalo es una actividad dinámica, que se ha adaptado a las exigencias del mercado, que genera enormes recursos económicos, que emplea a una gran cantidad de personas, casi siempre indígenas; la alta producción de esta región se vende por todo el país y en diferentes lugares de América y Europa. Es, sin discusión, la actividad más importante de Otavalo y dentro de su campo específico, la más importante del Ecuador.

Conclusiones

En Otavalo la artesanía tradicional se ha visto afectada por un sinnúmero de factores, entre los que están: los cambios en el contexto social en que los artesanos desarrollaban sus actividades; la

falta de competitividad de los productos artesanales frente a sus sustituidos industriales. Algo determinante ha sido el hecho de que los artesanos no pueden vivir decorosamente con los recursos provenientes de su oficio, puesto que las ocupaciones manuales carecen del prestigio que tenían en épocas pasadas; esta es la razón por la cual los jóvenes no desean continuar en el trabajo que tenían sus mayores. Los viejos siguen haciendo sus productos porque no saben hacer otra cosa, pero los jóvenes, siempre en busca de nuevas posibilidades, salen de sus comunidades y rompen la continuidad generacional de un proceso que se iniciaba desde los primeros años de vida y se lo aprendía prácticamente en el seno del hogar.

El caso de la actividad textil es diferente a las demás ocupaciones manuales, pues a la gran capacidad técnica de los tejedores regionales se une sus excelentes dotes para el comercio, por lo que no resulta extraño que los indígenas otavaleños viajen cada vez más lejos en busca de mercado para sus productos. Sin embargo, en el caso de esta artesanía también advertimos una serie de problemas: la producción de tejidos por procesos mecánicos ha desvirtuado el pro-

pio concepto artesanal; la pérdida de la "identidad" de los tejidos regionales, debido a la influencia de los medios de comunicación, a la adopción de modelos foráneos y a la acción de personas impreparadas en el campo cultural, ha hecho que los tejidos de Otavalo se asemejen a los producidos en otros lugares, constituyéndose en prueba elocuente de falsificación y disminución de la capacidad creativa; la priorización de la actividad comercial, que deja mayores réditos, sobre la producción de objetos y prendas con algún componente que identifique a la artesanía local; la falta de capacitación en técnicas nuevas o en la recuperación de las que están en trance de desaparecer.

Esto nos hace pensar en un necesario rescate cultural, en la recuperación de la capacidad creadora y crítica de los propios artesanos, pues la creciente demanda de tejidos se satisface con productos adulterados o de baja calidad, aprovechando la circunstancia de que el turista corriente no es muy exigente. La creación de un Centro de Capacitación Artesanal, como ya ha sido propuesto en ocasión anterior, ayudaría a superar una serie de problemas que ahora enfrentan individualmente los artesanos, lo mismo que a recuperar el presti-

gio de actividades que tanta fama dieron a Otavalo.

De la misma forma como el pueblo de Otavalo ha sobrevivido por muchísimo tiempo con identidad y personalidad propias, así confiamos, van a perdurar las manifestaciones de su cultura, entre las que están las artesanías. Ojalá sean los propios artesanos quienes, en un momento dado, sientan la necesidad de rescatar lo que crearon sus antepasados y proyecten a futuro una imagen vigorosa, optimista y siempre renovada que resista por mucho tiempo todavía.

BIBLIOGRAFIA

- ALCEDO, Antonio de
1967 **Diccionario Geográfico Histórico de las Indias Occidentales o América.** Tomo III, Biblioteca de Autores Españoles, Ediciones Atlas, Madrid.
- ANDRADE COELLO, Alejandro
1919 **Hacia Imbabura: Impresiones de un viaje anotadas al vuelo.** s.o.d.
- ANONIMO
1928 "Artes e industrias populares". En: **Imbabura**, Organo de la Liga "Vasconcelos", Año II, Nº 3 y 4, Otavalo.
- AVENDAÑO, Joaquín de
1985 **Imagen del Ecuador: Economía**

y sociedad vistas por un viajero del siglo XIX. Colección Ecuador, Nº 6, Corporación Editora Nacional, Quito (Orig. 1861).

BUITRON, Aníbal

1974 *Investigaciones sociales en Otavalo*. Colección de autores y/o temas otavaleños, Serie: Antropología, Vol. 1, Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.

CICALA, Mario

1973 "La villa de San Miguel de Ibarra". En: *Quitumbe*, Nº 3, Revista de Historia y Geografía de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito. (Orig. 1771).

HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS

1929 *Geografía de la provincia de Imbabura*. Imp. y Encuadernación "La Salle", Quito.

HERRERA, Amable

1909 *Monografía del cantón de Otavalo*. Tipografía Salesiana, Quito.

JARAMILLO CISNEROS, Hernán

1991 "La cestería de Imbabura". En: *Sarance*, Nº 15, Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.

1991 *Artesanía textil de la Sierra Norte del Ecuador*. Coedición Abya-Yala/Instituto Otavaleño de Antropología, Quito.

1993 "Panorama de la artesanía textil de Otavalo". en: *Sarance*, Nº 17, Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.

LAMAS, Viviana

1985 "La alfarería tradicional utilitaria en el área de Otavalo y sus inmediaciones". En: *Sarance*, Nº 10,

Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.

LUJAN MUÑOZ, Jorge

1983 *El artesano tradicional y su papel en la sociedad contemporánea*. Subcentro Regional de Artesanías y Artes Populares, Guatemala.

MARDORF, María Cristina

1985 "Artesanía y ecología de la totora (*Scirpus* sp.) en la provincia de Imbabura, Ecuador". En: *Sarance*, Nº 10, Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.

MONTUFAR Y FRASCO, Juan Pío de

1894 *Razón sobre el estado y gobernanación política y militar de Quito en 1754*. Librería de Victoriano Suárez, Madrid.

NAVARRO, Juan Romualdo

1984 "Idea del Reino de Quito". En: *La economía colonial: Relaciones socio-económicas de la Real Audiencia de Quito*, Manuel Miño Grijalva (Introducción y selección), Corporación Editora Nacional, Quito. (Orig. 1761).

ORTIZ DE LA TABLA, Javier

1977 "El obraje colonial ecuatoriano: aproximación a su estudio". En: *Revista de Indias*, Nº 149-150, Madrid.

PAZ PONCE DE LEON, Sancho

1965 "Relación y descripción de los pueblos del partido de Otavalo: 1582". En: *Relaciones Geográficas de Indias*, Tomo III, Marcos Jiménez de la Espada (Editor), Biblioteca de Autores Españoles, Ediciones Atlas, Madrid.

RUBIN DE LA BORBOLLA, Daniel
1974 *Arte popular mexicano*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México.

SILVA SANTISTEBAN, Fernando
1964 *Los obrajes en el Virreinato del Perú*. Publicaciones del Museo Nacional de Historia, Lima.

VELASCO, Juan de
1960 *Historia Moderna del Reino de Quito*. Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Ed. Cajica Jr., Puebla.

VILLAVICENCIO, Manuel
1858 *Geografía de la República del Ecuador*. Imprenta de Robert Craighead, New York.